

## (02045) Los tres dinosaurios

El asador “Castilla” pone las mejores chuletas de cordero de todo Mospintoles y alrededores. Situado en las afueras de la ciudad, colindando con la carretera de circunvalación y la zona residencial donde viven las familias más adineradas del lugar, es un local accesible para aquellos que gustan de comer una carne a la parrilla sabrosa y en su punto. Durante muchos años –casi toda la vida- su dueño ha sido Ricardo. Acaba de cumplir los sesenta y seis años y hoy ha invitado a otros dos carcamales como él, aunque algo más jovencitos, para festejar su reciente jubilación.

—A cuerpo de rey. Esta noche vais a estar a cuerpo de rey...

—Ricardo, un viejo comunista y republicano como tú, tratándonos como majestades... Hum, a la vejez viruelas...

Autodidacta toda su vida, el bueno de Ricardo se hizo comunista en la España de Franco, donde no cabían mucho los matices políticos: o eras un facha o un rojo. Su padre tuvo un restaurante de medio pelo hasta que un buen día le tocaron varios millones de pesetas en las quinielas. Todo el premio lo invirtió en comprar un local más moderno y en especializarse en las carnes. Su único hijo varón –Ricardo- le ayudó en el local desde que abandonó el Bachillerato. Estudiar no era lo suyo: le agradaba la cocina y el ambientillo que hay en torno a los fogones y a una buena mesa repleta de manjares. En cuanto pudo salió al extranjero para conocer otras cocinas y fórmulas culinarias. De esos viajes regresó con un gran bagaje de conocimiento gastronómico, una mente bastante despejada para lo que se estilaba en el país y una conciencia social que intentó desarrollar como pudo y, siempre, a escondidas. Nadie sospechó de su militancia política pues siempre supo distinguir claramente entre su profesión, como medio de ganarse muy bien la vida, y unas expectativas sociales y políticas que parecían no llegar nunca pues el dictador, pese a su avanzada edad, no tenía ganas de palmarla.

—Con el saque que tenemos, Ricardo, esta noche nos fundimos todo lo que vas a cobrar de pensión en un año.

—Ya será menos...

Ricardo se encuentra esta noche muy bien acompañado. A su izquierda, don Faustino, el viejo profesor, sesenta años recién cumplidos, y a su derecha, Manolo, quien en pocos días estrenará también la misma edad.

—¿Cómo va el bar?

—Fatal, majo.

—Siempre te estás quejando, así que sería precisa una explicación más detallada...

—Ya sabes que yo hago el ochenta por ciento del negocio por las mañanas gracias a que mi clientela se mueve en torno al centro de salud que hay al lado, el Instituto y las diversas dependencias oficiales de alrededor. Por la tarde apenas rasco bola. Este verano fue horrible hasta por las mañanas. El Bar es pequeño y los bocadillos, los cafés y las cervezas sólo dan para ir tirando... siempre que uno eche muchas horas en el mostrador, claro...

Manolo, el propietario del bar del mismo nombre, es un quejica razonable. Quizás por su culpa, porque en los años de bonanza económica pudo ampliar el local y meter a un par de ayudantes pero su carácter bohemio e individualista le hizo desistir de meterse en problemas. A pesar de su pelín libertario de la vieja escuela, es poco amigo de complicarse la vida.

—Y don Faustino, ¿qué? ¿No piensa jubilarse?

—¿Dónde voy a estar peor que así? Ya puestos a ser pesimistas, prefiero morir con las botas puestas a levantarme todos los días sin saber a dónde ir... Mi negocio se acabará el día que recoja las cuatro cosas que tengo en el Instituto. Al menos vosotros siempre tendréis un lugar al que acudir para evocar los viejos tiempos. El día que deje el Fernando Orejuela, Belmonte cambiará la llave de la puerta de entrada por si acaso me da un ataque de nostalgia y voy algún día a mirar las sucias paredes de mi antigua tutoría.

—Va, no nos pongamos tristes por estas cosas que, como quien dice, no hay mejor edad para mirar hacia el futuro...

—Hombre, Ricardo, tampoco te pases...

La noche promete ser muy larga. Es sábado y los tres dinosaurios no tienen prisa alguna. El buen palique no les va a faltar y la estupenda comida, tampoco.

\*\*\*\*\*

—Supongo, Ricardo, que aunque jubilata, seguirás viniendo casi todos los días al local... —comenta don Faustino, al tiempo que le hinca la dentadura a la chuleta.

—Estaré al pie del cañón como estuvo mi padre, hasta que ya no pueda salir de casa, no para los asuntos básicos del negocio, que de eso ya lleva encargándose mi hijo desde hace tiempo, si no porque yo necesito oler todos los días el aroma de las brasas, charlar con los amigos y conocidos...

—¡Cuántos secretos y cosas no sabrás tú de la gente de Mospintoles!, ¿eh que sí?

—pregunta Manolo.

—Uf, si yo os contara... Por aquí han pasado todos los que han cortado el bacalao en la ciudad y provincia en las últimas décadas. Aquí se han cocinado importantes decisiones políticas, se han condimentado negocios sosísimos que

han sido luego muy picantones y productivos. La gente, delante de un plato sabroso y de un buen vino, es capaz de contar y planear lo que no está escrito.

—Seguro que no hay forma de arrancarte tus secretos...

—Bueno, a un buen par de amigos, que me han demostrado tener la boca sellada en lo que a secretos se refiere, tal vez les pudiera hacer algunas concesiones...

—Delante de un plato sabroso y de un buen vino —señala don Faustino— los secretos pueden compartirse entre camaradas de plena confianza. Lo venimos haciendo desde hace años —medita en voz alta el profesor— y nada se ha sabido por boca de ninguno de nosotros.

Ricardo parece pensarlo durante unos segundos...

—Aquí, por ejemplo, se forjó la candidatura de Segis para alcalde de Mospintoles. Nunca os lo he contado. Me parece...

—¿Recuerdas la legislatura del 83 en que tú, yo y el Segis estuvimos de concejales? Qué tiempos aquellos en que éramos una piña para sacar adelante un país atrasado pero ilusionado por las promesas de cambio...

—¡Cómo no recordarlo, Faustino! Pero aquello fue flor de un día. Al acabar la legislatura me largué del partido o, mejor, me echaron. Tú y el Segis volvisteis a presentaros en el 87.

—Sí, y duré sólo dos años porque a la mitad empecé a darme cuenta que aquello empezaba a ser una merienda de negros, vamos, que el trigo limpio empezaba a ennegrecerse.

—Pero el Segis siguió y siguió y siguió... —comenta Manolo, irónico.

—Le iba la marcha, fuese buena o mala. Y a estas alturas de la película ya le contemplan casi 28 años en el Ayuntamiento, 12 como concejal trepador, cuatro como líder de la oposición y otros doce como alcalde.

—Un carrerón... —apostilla don Faustino.

—Tras cuatro años de estar en la oposición, en su partido nadie quería al Segis como cabeza de lista pero tres buenos Riberas del Duero y cuatro kilos de chuletas obraron el milagro. Todo ocurrió aquí, en el asador. Luego el pueblo le votó por mayoría absoluta y hasta hoy.

—Un buen comunista no puede interpretar de esa manera tan anecdótica la elección del cabeza de lista de un partido. Como alguien te oiga... —Manolo no acaba de creerse las palabras de Ricardo.

— Los comunistas nos hemos equivocado tanto que mira ahora donde estamos... Es cierto, Manolo. Se juntaron aquí, alejados del mundanal ruido y de la prensa local, los cuatro que cortaban el bacalao en el partido, dispuestos a sacar un nombre como primero de la lista y el que llevaba todas las de perder —el Segis- acabó saliendo triunfador. ¿Y sabéis porqué? ¡Porque fue el que mejor aguantó el alcohol y las chuletas!

—Conocemos demasiado bien al camarada —salta al quite don Faustino—. Su sueño, más bien ambición, era llegar a ser alcalde algún día. Le iba y le va la

marcha. La marcha política y la vinatera. Sus mayores logros siempre los conseguía en torno a una comida bien regada de vino.

—Pues, si como se rumorea, María Reina aspira a quitarle el sillón, no creo que con ella funcione su truco del almendruco —Manolo al habla.

La intervención de Manolo provoca en sus interlocutores un intercambio de miradas llenas de sorpresa.

\*\*\*\*\*

—¿Y de dónde ha partido semejante rumor? —inquiérese don Faustino.

—En mi Bar lo dicen todos los que están algo informados sobre el politiquero local. Yo no estoy sordo y mientras preparo el café o el bocata de tortilla, pego el pabellón de la oreja y me quedo con cosas. Mi local es muy modesto pero por allí pasa gente culta y enterada: profesores, médicos, funcionarios municipales y hasta algún juez. Entre ellos hablan, no se cortan, y yo tampoco...

—Hombre, al Segis habría que mandarlo ya para casa. Lleva chupando del bote municipal casi una eternidad. Ya es hora que regrese a la ventanilla de su banco a esperar la pronta jubilación. A mí la Reina me parece una señora trepa y ambiciosa pero es mucho más guapa que el Segis y es bastante más joven.

—¿Pero quién te ha visto y quién te ve, Ricardito de mis entretelas? —don Faustino se toma la salida dialéctica del cocinero jubilado como una "boutade"—. Yo creo que hay un tapado, joven y guaperas como ella. Ya sabes, ahora se lleva mucho el político resultón por fuera y hueco por dentro. No creo que la señora Reina aspire a tanto... por ahora.

—Yo sólo digo lo que he escuchado un montón de veces en el Bar —Manolo se justifica nuevamente—. Eso se ve venir, amigo. A falta de ideas, de gente muy preparada y con ganas de cambiar la ciudad, que dicho sea de paso está hecha un asco, al final ponen en los carteles al que tiene el careto más agraciado. Doña María, un suponer...

—¡Ya salió tu vena libertaria!

—El Segis es un dinosaurio de la política, Ricardo. Tiene los días contados. Ni él mismo se cree que haya sido capaz de aguantar tantos años en la alcaldía. En realidad el mérito no es de él sino del partido, que es quien lo ha puesto. Mejor dicho, de los cuatro cantamañanas que tejen y destejen el percal.

—¿Y si creáramos un partido político nuevo, eh? —La reciente jubilación parece que le ha dado a Ricardo un cachondeo impensable hace unos años—. Ya somos tres. Fichamos a alguien del Inerso y ya podemos empezar a rilar. El partido de los dinosaurios, se podría llamar. Un viejo comunista, un ácrata individualista, un sabio profesor que, por sabio, no se ha dejado embaucar nunca por ninguna ideología concreta y el del Inerso lo seleccionamos mediante un sorteo en combinación con la lotería nacional. Nos metemos los cuatro en un taxi, nos vamos al Ministerio del Interior a presentar los tres papeles que se piden para estas cosas y nos dedicamos a contar nuestras batallitas en la campaña electoral. ¡Lo mismo tenemos más éxito que la señora Reina y el señor Segis juntos!

—Esta noche estás sembrado, Ricardo —tercia don Faustino— pero dudo mucho que el personal, que es medio idiota, sea idiota del todo y nos vote.

—Pues lo digo muy en serio. O hacemos algo o, como dice Manolo, Mospintoles seguirá siendo un asco. Ya habéis visto la que se ha montado con el Rayo. Ni en mis peores pesadillas hubiera imaginado que toda una ciudad se iba a volcar apoyando a una empresa particular del señor López...

—Ese hombre —ahora interviene Manolo, el más enteradillo de los tres en el ámbito de la información deportiva, gracias a lo que se cuchichea en su Bar— acabará siendo el alcalde dentro de unos años. Y eso sí que no. Prefiero mil veces al Segis o a la Reina antes que ver a don Melitón haciéndonos la pascua.

—¿Cómo has dicho? —don Faustino acaba de dar un bote en su silla.

—Ay, chiquillo, si en vez de tanta lengua y literatura te dedicaras más a poner el oído en los adoquines de la calle, sabrías cosas que ni te imaginas.

—A ver, Manolo, explícate, porque yo también ando despistado —urge Ricardo.

\*\*\*\*\*

—El señor López, don Melitón según su partida de nacimiento y documento nacional de identidad, es un tipo sin escrúpulos, frío y calculador, que ha visto en la presidencia del Rayo la oportunidad de ganarse favorablemente a la masa una vez que ya se ha ganado a algunos Ayuntamientos —Manolo parece tener bien aprendido su discurso anti-López—. Aunque sus mayores ingresos los tiene en la construcción, su intención es abrirse a otros negocios, máxime cuando hay la crisis que hay. Su relación con los gestores de esos Ayuntamientos es fluida porque sabe repartir muy buenas comisiones tras obtener ofertas ventajosas en ventas de terreno, recalificaciones a la carta, etc.

—¿Estás insinuando que el Segis y nuestro Ayuntamiento untan a López? —la pregunta de Ricardo viene muy al pelo.

—Estoy diciendo lo que todo el mundo sabe e intuye. Con el Ayuntamiento de Mospintoles López no ha obtenido todavía muchas ganancias porque aquí ha preferido recurrir primero al fútbol como medio de impulsarse aún más hacia adelante. Tiene una constructora de proyección nacional, una franquicia de inmobiliarias, una empresa de transportes y otra de paquetería, una empresa de vigilancia y seguridad privada, y ahora un equipo de fútbol al que los mospintoleños piensan enriquecer con el cuento ese de la segunda división y de que el equipo representa a la ciudad. Presidir al Rayo es un medio perfecto para ganar en popularidad y hacerse aún más rico y poderoso. El palco del Rayo va a ser un buen sitio para firmar suculentos contratos... privadísimos.

—No es nuevo ese aprovechamiento personal usando una importante posición pública y popular —don Faustino le da al coco—. Otros presidentes de clubes de fútbol lo han hecho antes. El problema es cómo se para a esta gente, cómo se le da un frenazo en seco a las ansias de poder y riqueza de un tipo al que seguramente la masa ve como un genio de las finanzas y de la gestión.

—El problema, Faustino, es que el señorito López va a pasar por encima de cualquiera que se le ponga por delante, una vez que tiene claros sus objetivos. Nada ni nadie le va a detener. Su próximo paso será apoderarse al completo de los medios locales de comunicación, desde la radio a la prensa escrita. Ya lo verás. Y mucho me temo que el siguiente será convertir al Ayuntamiento, bajo cuerda, en una empresa más de su patrimonio. Y, por último, ocuparlo directamente con la vara de mando.

—¡Anda ya, *exagerao!* —mientras Ricardo expresa su incredulidad, don Faustino mantiene un aire pensativo.

—López barrerá en unas elecciones municipales en cuanto desarrolle todo el plan que tiene previsto para los próximos años. No será el primer presidente de club que lo hace.

—¿Y tú cómo sabes todas esas cosas de López? Yo llevo viviendo en Mospintoles muchos años y hasta el otro día no vi el careto de este tipo por primera vez... En el campo de fútbol y gracias a los prismáticos...

—Ya te lo he dicho antes, Faustino: en la calle se aprende más que en los libros.

—No has contestado a mi pregunta.

—Tengo buenos informantes en el Bar, gente que trabaja en el Ayuntamiento, en el registro mercantil, en la policía. Alguno hay que conoce desde antiguo sus fechorías aunque no tiene pruebas, claro. Y junto a esta información está mi pituitaria, amigo, esa que huele las tostadas antes de meterlas en el tostador.

—Pues todo esto te lo has tenido muy calladito todas las veces que hemos hablado en el Bar —don Faustino sigue erre que erre en su incredulidad.

—¡Porque no te gustaba el fútbol, coño! Pero desde que le das palique al Piquito, te enrollas con Susana, la periodista, y vas a ver al Rayo al campo, yo creo que va siendo hora de ponerte en ciertos antecedentes.

—Con que Melitón. Melitón López. A fe mía que ese nombre me suena. No sé de qué, pero me suena. Igual que el otro día, cuando al verle la cara en el campo, me pareció haberla visto en algún sitio hace tiempo, mucho tiempo. Me parece que voy a tener que investigar sobre el asunto...

—Cuenta conmigo, Faustino...—le interrumpe Manolo, dándole una cariñosa palmada en la espalda.

\*\*\*\*\*

Son las dos de la mañana y nuestros tres dinosaurios todavía andan de parranda. Ya acabaron los postres, ya hablaron de su pasado, de Mospintoles, de política, del Rayo, de López, de la crisis económica y de todo lo que se les ha ocurrido. El tiempo no parece transcurrir para ellos pero la madrugada se alarga y hay que ir echando el cierre.

—Ha sido una cena magnífica, Ricardo. La comida excelente y la conversación muy grata.

—Gracias a ti, Manolo, que esta noche nos has abierto los ojos respecto a muchas de las cosas que se cuecen en la ciudad. Por tu Bar pasa gente muy bien informada...

—Bah, ventajas de tenerlo en un sitio estratégico, pero donde de verdad se hacen los grandes negocios y se toman decisiones importantes debe ser aquí, en el asador.

—Eso se acabó, créeme. Ahora el personal sólo viene a comer y disfrutar. Esas grandes empresas y decisiones se toman ahora en lugares menos públicos, casi clandestinos. Hoy día en cada esquina y mantel hay cien mil ojos ávidos de información, así que las personas con cierto poder saben cuidarse. Ya no se fían ni de su sombra.

—Pues yo me voy intrigadísimo con el tal señor López... —interviene don Faustino.

—Parece que la información de Manolo te haya traído viejos y malos recuerdos...

—Algo de eso hay, Ricardo. Mientras charlabais los dos sobre el renacer de la comida tradicional, he estado dándole vueltas a la cabeza intentando atar algunos cabos sueltos. Todo se me confunde en una oscura nebulosa. Tras abandonar el Ayuntamiento en mitad de aquella legislatura, asqueado, pedí traslado fuera de Mospintoles. Quería romper con todo. Hasta el punto que, trabajando en Alcorcada, me dio por tener una vivienda en propiedad. Encontré una promoción interesante en una urbanización que se iba a hacer a las afueras. Di casi todos mis ahorros como entrada para un piso que era muy bonito en los planos pero que no llegué a disfrutar —como otros cientos de incautos— porque nunca se construyó. La promotora quebró o alguien se llevó el dinero, nuestro dinero. No sé porqué me ha venido esta noche ese recuerdo al hilo de lo que Manolo apuntaba sobre López. Es como un puzle en el que faltan algunas piezas por encajar. Quisiera recordar todo lo que sucedió pero mucho me temo que mi memoria es demasiado flaca.

—Has bebido buen vino y te falla la memoria, Faustino... —le dice Manolo.

—A nuestra edad —interviene Ricardo— sólo nos acordamos nítidamente de nuestra niñez. Quizás sea la mejor solución para olvidarnos de lo que nos espera....

—No nos pongamos melancólicos ahora que llega el final de esta gran cena. Lo pasado, pasado está aunque me conozco y hasta que no empalme un recuerdo con otro, no voy a parar. ¿Nos vemos mañana en el gimnasio, Ricardo?

—Habrás que perder las calorías que hemos ganado opíparamente esta noche, ¿no?

—Sois unos masoquistas. Como mañana no abro el Bar, pienso estar durmiendo hasta el mediodía y por la tarde me iré a echar una cana al aire...

—¡No me digas que tienes líos de faldas! —exclama sonriente Ricardo mientras don Faustino pone cara de asombro.

—En el Bar se conoce a mucha gente y hay una chica joven de muy buen ver que me está haciendo tilín. Hoy he quedado con ella para tener una larga entrevista. Luego, ya veremos...

—Pues me acabas de recordar... —quiere abrir la boca don Faustino.

—¡No, no vuelvas a bucear en tus recuerdos, Faustino! —Manolo hace ademán de querer taparle la boca—. Despidamos esta excelente cena mirando hacia el futuro.

—Si un pesimista crónico como tú sale diciendo esto sólo puedo interpretarlo como que esa chica te está sorbiendo el cerebro. A tu propecta edad, majo... ¡O es una broma o te has vuelto loco!

—Pues a ver cuando nos presentas al pimpollo, Manolo —tercia Ricardo, con sonrisa picarona—.

—Pero, Ricardo, ¿tú le crees? ¡Debe ser el vino que le hace ver fantasías! ¡A sus sesenta años a punto de cumplir echando una cana al aire con una joven! Eso no te lo crees ni tú...

—El futuro lo dirá, amigos... —dice Manolo, enigmático.

Empezaron la noche echando un ojo al pasado y la despiden oteando un futuro nada claro. En cualquier caso, a nuestros tres dinosaurios todavía les queda cuerda para rato.